

SUSURROS DE OTROS MUNDOS

CRONONMENSIDAD

Mi nombre es Iven Kalanav, aunque eso carece de importancia.

No sé cuál será el destino de este mensaje, pero es de vital importancia, al menos para mí, que llegue a las manos adecuadas.

El mundo en el que me tocó vivir pasaba por una época que arrastraba la herencia de profunda locura que llevó a la humanidad a un callejón sin salida. Hacía apenas unas décadas todo esto hubiera parecido irreal, como de ciencia-ficción; ya entonces hubo voces que se alzaron para advertir del peligro que corríamos, y muchos tomaron conciencia de lo que estaba pasando. Pero la arrogancia humana no conoce límites. Ahora me río de expresiones como “salvar el planeta”, ¡como si el planeta dependiera de nosotros! No nos supimos dar cuenta a tiempo de que era al contrario.

La vida en mi mundo había pasado por momentos difíciles antes de la aparición de la especie humana, de hecho, esto era algo natural y hasta necesario para el progreso.

En principio provocaban extinciones masivas, pero al final desembocaban en auténticas explosiones evolutivas, en nuevos ciclos de diversidad. Nosotros solo éramos una de esas crisis, y no supimos comprender que la vida sigue adelante, pero las crisis tarde o temprano terminan...

Cuando se empezó a frenar el uso indiscriminado de combustibles fósiles ya era demasiado tarde. Los primeros síntomas, que habían comenzado a dejarse notar décadas atrás, fueron los desajustes atmosféricos: sequías, inundaciones, huracanes que devastaban zonas a las cuales nunca antes habían llegado; y esto solo fue el inicio de algo que ya era irreversible. Poco a poco, el hielo ártico se hizo más escaso, hasta el extremo de que durante los veranos desaparecía completamente. Los cinturones climáticos se desplazaron con terribles consecuencias para la civilización: por un lado, las ciudades costeras fueron tragadas por los océanos y por otro las sequías y la escasez de cosechas provocaron hambrunas y oleadas de

migraciones que acrecentaron la desconfianza entre grupos de distintas etnias y el racismo más radical en muchos casos.

Hubo guerras y rivalidades entre países por recursos que antes eran abundantes, como el agua, pero que ahora tomaron un valor desmedido debido a su escasez. La pobreza, la xenofobia y el malestar general alimentaron un odio irracional que contribuyó en buena medida a que el terrorismo se convirtiera en una de las peores plagas de aquel siglo. Curiosamente, el miedo y la paranoia llevaban a los gobiernos a desviar prácticamente todos sus recursos económicos a un descabellado gasto militar.

La humanidad estaba más trastornada que nunca, había olvidado cuál era el lugar que ocupaba en su planeta y en el universo, su soberbia no le dejaba ver su insignificancia y fragilidad, pero yo no tardaría en comprender esto dramáticamente...

La historia de mi vida hasta mi llegada al proyecto CRONMA es irrelevante; además, por paradójico que parezca, ahora no tengo tiempo para detenerme en detalles que no aportarían nada a la explicación de mi situación actual.

Lo que merece la pena contarse comenzó cuando dicho proyecto estaba casi ultimado. Yo entonces era un piloto de élite con una amplia experiencia en el manejo de prototipos de lo más variado... pero debo ir al grano.

Ahora me parece muy lejano aquel día, cuando contemplaba el interior del inmenso receptáculo transparente situado en el centro de aquel laboratorio; aunque parecía estar vacío yo creía conocer la verdadera importancia que encerraba su interior.

Cuando se miraba directamente hacia dicho receptáculo, la invisibilidad de su contenido contrastaba con lo que podía verse a través de la pantalla gravitatoria: una insólita máquina, la primera de su género, construida íntegramente con materia oscura.